

PAGINAS

No.
65-66

Documento de la
Conferencia Episcopal Peruana
sobre la teología de la liberación

Centro de Estudios y Publicaciones (CEP), Vol. IX, No. 65-66, Nov.-Dic. 1984

S/. 3,000

Cardenal Danneels
Cardenal Lorscheider
P. Hans Kolvenbach
Mons. J.M. Uriarte
R. McAfee Brown
J. Espeja
V. Codina
N. Zevallos
C. Rodríguez Arana

En torno a la teología de la liberación



Textos de los discursos del Papa Juan Pablo II:
a los obispos peruanos; en Edmonton, Canadá y en Santo Domingo.

Jorge Alvarez Calderón

Acordarse de los pobres -Eucaristía y fraternidad-

(I Corintios 11, 17-34)

El estilo paulino, propio de esa personalidad fuerte de apóstol y teólogo que es Pablo, suele desarrollar temas centrales de la fe no a partir de un tratamiento sistemático de puntos sino alrededor de problemas concretos que surgían en las comunidades a su cargo. Misionero marcado por la experiencia del camino de Damasco, su reflexión se desenvuelve urgida por el anuncio liberador del Crucificado-Resucitado dentro de "la permanente solicitud por las iglesias". Tal es el caso en el tema que nos va a ocupar donde vemos recordar la catequesis fundamental sobre la Eucaristía en relación con una distorsión práctica que afectaba la vida comunitaria de los corintios.

1. El contexto

La celebración eucarística en las comunidades primitivas solía hacerse en las casas de los fieles al finalizar una cena fraterna. Hay signos de que ese ágape se distinguía de la eucaristía propiamente dicha, aunque se realizara en relación evidente con ella.

En Corinto los creyentes eran en su mayoría gente de origen muy humilde y pobre (I Cor. 1, 26 y ss.); sin embargo, había entre ellos familias más acomodadas. La preocupación de Pablo surge cuando se entera de algunas anomalías en el comportamiento del grupo más holgado: "cada uno come primero su propia cena y mientras uno pasa hambre el otro se embriaga" (v. 21). Eso humilla y "avergüenza a los que no tienen". Hay indicios inclusive de que la falta de delicadeza tenía también otra expresión: "no se esperan los unos a los otros" (v. 33). Los exégetas indican que esta cuestión de puntualidad era en realidad otra falta de respeto a los hermanos pobres quienes, por su situación dependiente en el trabajo o por necesidades económicas reales, muchas veces se veían impedidos a llegar con puntualidad a la reunión. En ese contexto la exigencia de puntualidad se convertía en falta de delicadeza fraterna por parte de los que gozaban de mayor holgura.

Este es el contexto que lleva a Pablo a exponer la tradición de la Eucaristía y las exigencias para que la celebración sea, como lo pidió Jesús, "en recuerdo



mío" (vv. 24, 25).

2. La entrega y la alianza

Celebrar la Cena es reactualizar el hecho de la entrega absoluta de Jesús, que la fe reconoce como Señor (v. 23). Es recordar un acto de amor a la humanidad que, en su plenitud de entrega, es revelador del Dios vivo (v. 24). Es manifestación en toda la radicalidad de la Alianza Nueva del Padre para con nosotros: "esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre" (v. 25).

La entrega del cuerpo —prisión, tor-

"Cualquier falta de solidaridad con el pobre lleva finalmente a desvirtuar el sentido mismo de aquello que se desea proclamar. La celebración, al perder contenido, engaña"

tura, cruz— va hasta el derramamiento de la sangre, hasta el "vaciamiento" de la vida de Jesús como manifestación de la obediencia coherente al Padre, como signo de amor sin límites y de la alianza cumplida hasta las últimas consecuencias: revelación del Padre en la concreción de hechos históricos ocurridos durante el ministerio de Jesús.

3. Proclamar la muerte del Señor

La comunidad de Corinto no debe olvidar que la Eucaristía es memorial del drama de la Cruz. Más aún ella, como comunidad testigo, tiene la misión de proclamar en su vida diaria —y tanto más en la cena que precede el Memorial— el sentido de la muerte del Nazareno. La fe en el Resucitado es la fe en el Crucificado. Los discípulos no deben olvidar en ningún momento que el sentido de la Resurrección no puede entenderse sin relación con la práctica de Jesús de Nazaret. La Resurrección es, en efecto, intervención vivificadora del Padre que venga con la Vida la eliminación del Justo que en su caminar en Galilea y Judea

(pasa a la pág. 63)

(viene de la pág. 2)

fue "profeta grande en obras y palabras" (Lc. 24, 19). Olvidar eso es "espiritualizar" la Resurrección vaciándola de su carga histórica concreta.

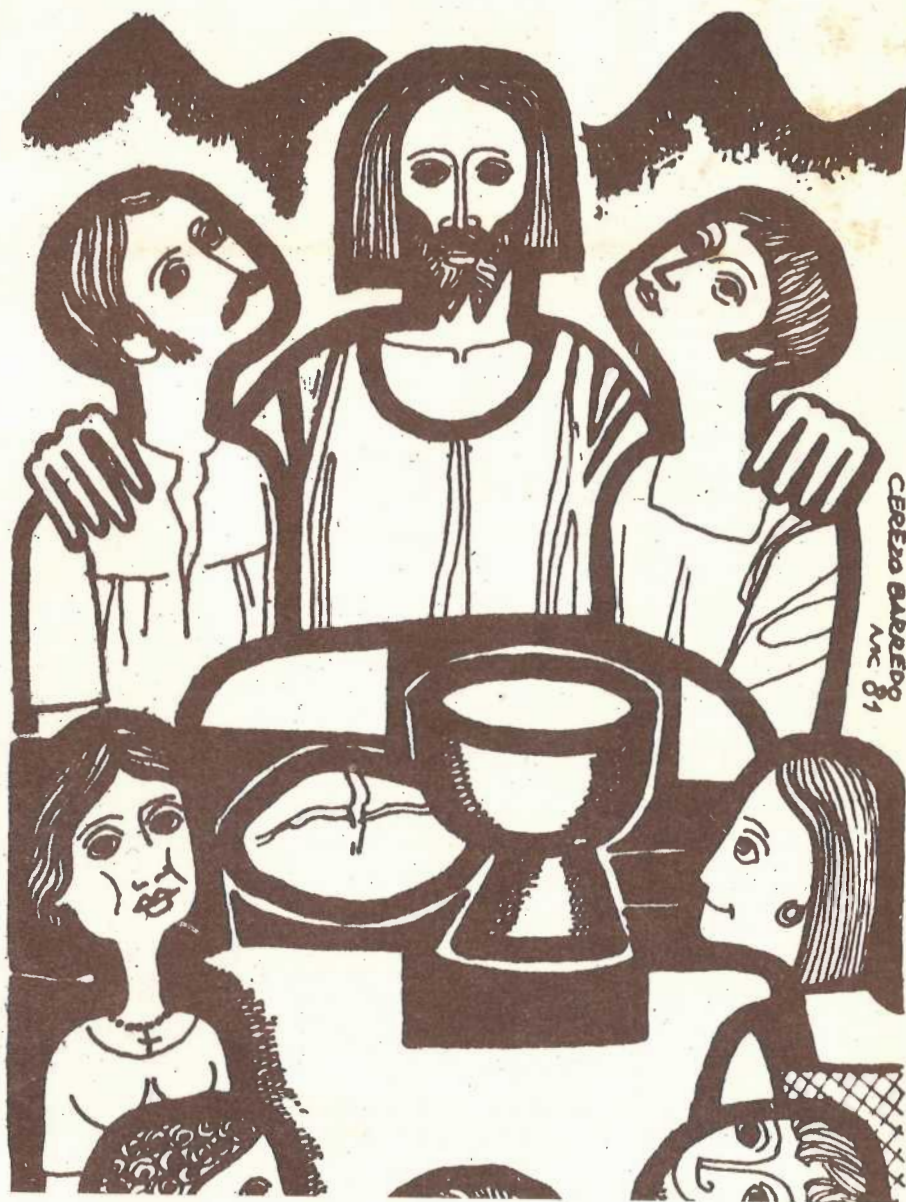
La Iglesia tiene como tarea proclamar este hecho salvífico hasta la segunda venida del Señor (v. 26). El tiempo de la Iglesia es el tiempo de la Eucaristía, el tiempo del recuerdo militante y activo de ese hecho histórico que da sentido a la historia e indica la lógica del comportamiento salvador. Ese recuerdo postula una manera diaria de vivir que hace de la celebración una auténtica proclamación de la muerte del Resucitado. Concretamente significa entrar en la misma práctica de Jesús, siendo testigo del Padre desde los pobres y como Buena Nueva para ellos. Cualquier falta de solidaridad con el pobre lleva finalmente a desvirtuar el sentido mismo de aquello que se desea proclamar. La celebración, al perder contenido, engaña. Es lo que estaba ocurriendo a los corintios.

4. Discernir el Cuerpo del Señor

Pablo va más allá aún. Marcado por la experiencia que dio origen a su vocación, la experiencia del Crucificado-Resucitado, él será sumamente celoso y vigilante para que no se desvirtúe aquello que constituye el centro de la vida de la comunidad cristiana. No le basta por lo tanto en este caso llamar la atención a los corintios, les indica claramente que están en una situación de negación práctica de la fe por la falta de solidaridad concreta con los hermanos pobres. De ahí que diga con severidad: "quien coma el pan o beba la copa del Señor indignamente será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor" (v. 27).

La indignidad se refiere aquí muy concretamente al comportamiento frente al pobre. El discernimiento que Pablo exige se ubica ahí. Porque es desde el pobre que se comprende a Jesús de Nazareth, su vida y la cruz en la que fue colgado. Una falla frente al pobre es por lo tanto una falla en el discipulado, un silenciamiento del misterio de la muerte de Cristo, una traición al Padre que resucitó al Crucificado. Fallar al pobre es negar en los hechos la muerte de Jesús, es hacerse "reo", es decir culpable de que esa muerte no sea proclamada como hecho salvífico central. En cambio "proclamar la muerte" de Cristo en la Eucaristía como hecho salvífico fundamental plantea la exigencia de vivir en consonancia con la lógica que ella implicó, es decir la solidaridad práctica, delicada y militante de entrega de la vida a los pobres hasta las últimas consecuencias como signo de Alianza y de Buena Nueva.

En América Latina en estos años te-



“ ‘proclamar la muerte’ de Cristo en la Eucaristía como hecho salvífico fundamental plantea la exigencia de vivir en consonancia con la lógica que ella implicó, es decir la solidaridad práctica, delicada y militante de entrega de la vida a los pobres hasta las últimas consecuencias como signo de Alianza y de Buena Nueva”

nemos la gracia de poder descubrir todo el sentido de este texto paulino. La práctica de la solidaridad cotidiana con la vida y sufrimientos de los pobres, pero que en muchos casos está llegando hasta el martirio, hace de nuestras Eucaristías un momento de discernimiento privilegiado de nuestra vida cristiana, una exigencia de la proclamación de "la muerte del Señor hasta que venga", una

afirmación de la esperanza activa de una Iglesia que trata de ser Buena Nueva para los pobres. Así como en la época de Pablo, el problema entre nosotros no está en poner en duda el misterio eucarístico, sino en el reto de una práctica coherente de respeto fraterno y solidario al pobre que dé razón en los hechos de la autenticidad y veracidad de nuestra fe.